

DOS SIGLOS DE LABOR EN LA REAL FABRICA DE TAPICES

UNA de las manifestaciones en que más bellamente se refleja la tradición artística de España es la de sus tapices, creación singularísima, mantenida a través del tiempo y vencedora de circunstancias adversas y de épocas en que la decadencia parecía que iba a ser definitiva. Un gran establecimiento, la Real Fábrica de Tapices, mantiene esa tradición, año a año, día a día, en un trabajo infatigable. A lo largo de toda esa vida —más de dos siglos de magistral y ferviente labor— muchos fueron los lauros alcanzados en España y fuera de España por nuestra Real Fábrica. Frecuentemente llegaban del extranjero encargos de tapices y alfombras como un expresivo signo del entusiasmo despertado por las creaciones del establecimiento. Ahora, hace unos meses nada más, éste ha sido premiado con Diploma de Honor en la Exposición Nacional de Artes Decorativas. Una recompen-

sa más a la brillante historia de un centro animado siempre por un espíritu de arte y de españolismo.

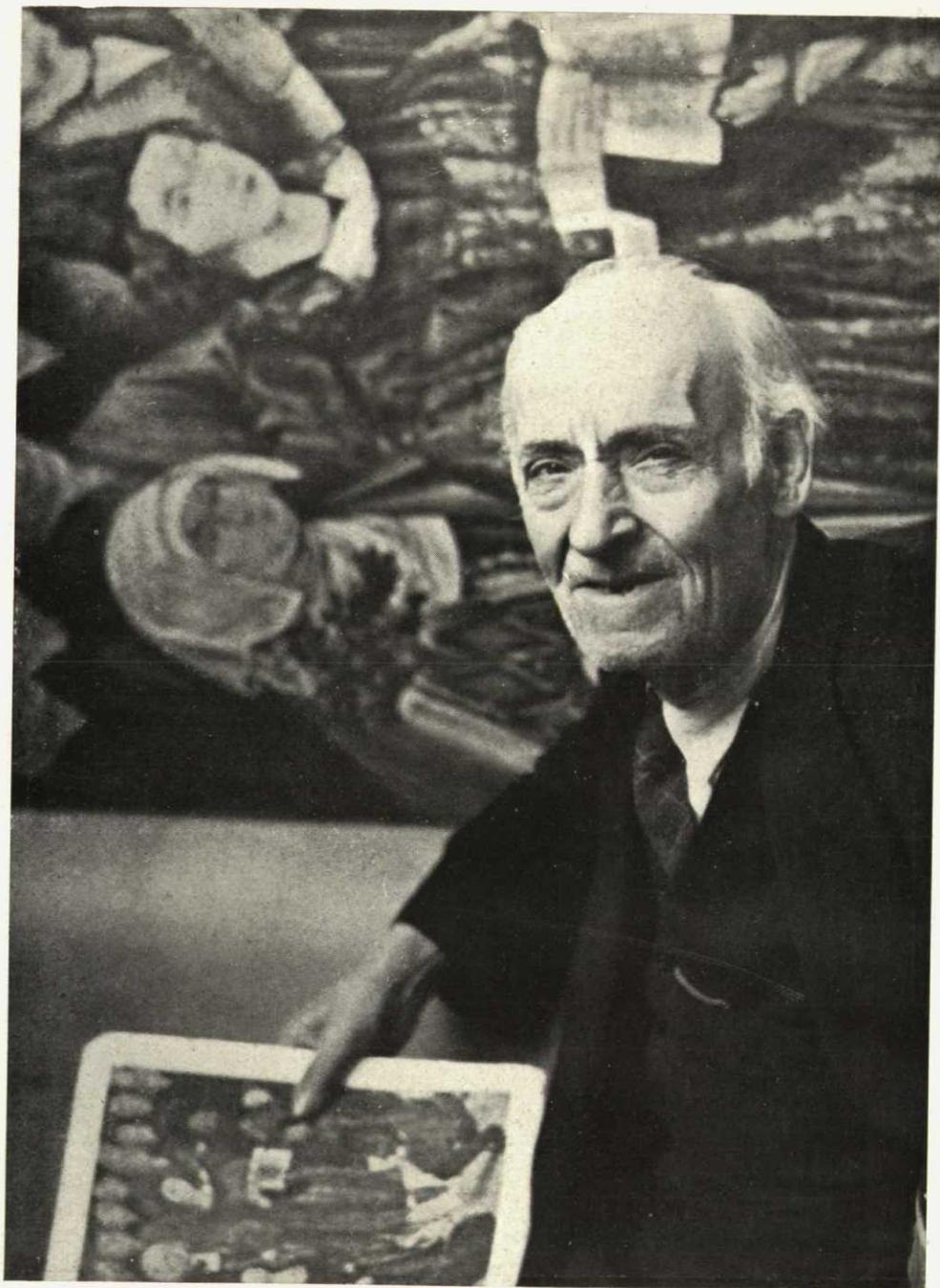
Es en el siglo XVIII —el siglo de las elegancias refinadas y las nobles suntuosidades— cuando nace la Real Fábrica. Hasta entonces, los más bellos tapices venían de los grandes centros productores de Flandes y Francia. Felipe V, el primer rey de la Casa de Borbón, es quien concibe la idea de crear en España una tapicería nacional capaz de superar a las existentes en aquellas otras tierras. Al servicio de esta idea se trae a España a un maestro tapicero flamenco, de gran renombre, Jacobo Van der Goten. Tiene, como se ve, este centro raíces extranjeras. Pero muy pronto, al contacto con la espiritualidad y el arte de España, se españolizó el trabajo iniciado entre nosotros por Van der Goten. Esa labor de españolización culminó en los tapices tejidos ante los cartones inmortales de Goya, nombre insigne en la tradición de la tapicería nacional.

Murió pronto el primer Van der Goten, a quien sucede el mayor de sus hijos, ayudado por los hijos menores. Un francés, Antonio Lenger, se incorpora a los talleres. Un historiador dijo de él que le agradaron tanto «la buena vida y el buen vino de España, que difícil, si no imposible, fué traerle a buen camino, del que tanto se apartó, que no tardó mucho tiempo en perderse por completo y pagar con la vida la insistencia de su vicio».

Más adelante, Fernando VI encarga cartones para tapices a algunos famosos pintores del tiempo: Van Loo, Giaquinto, Amiconi... Por ese tiempo, uno de los más florecientes en la historia de la Fábrica, se tejen 77 piezas de oro y seda para el Palacio de Oriente. Otro momento interesante y decisivo es el marcado por la producción hecha sobre cartones de Mae-



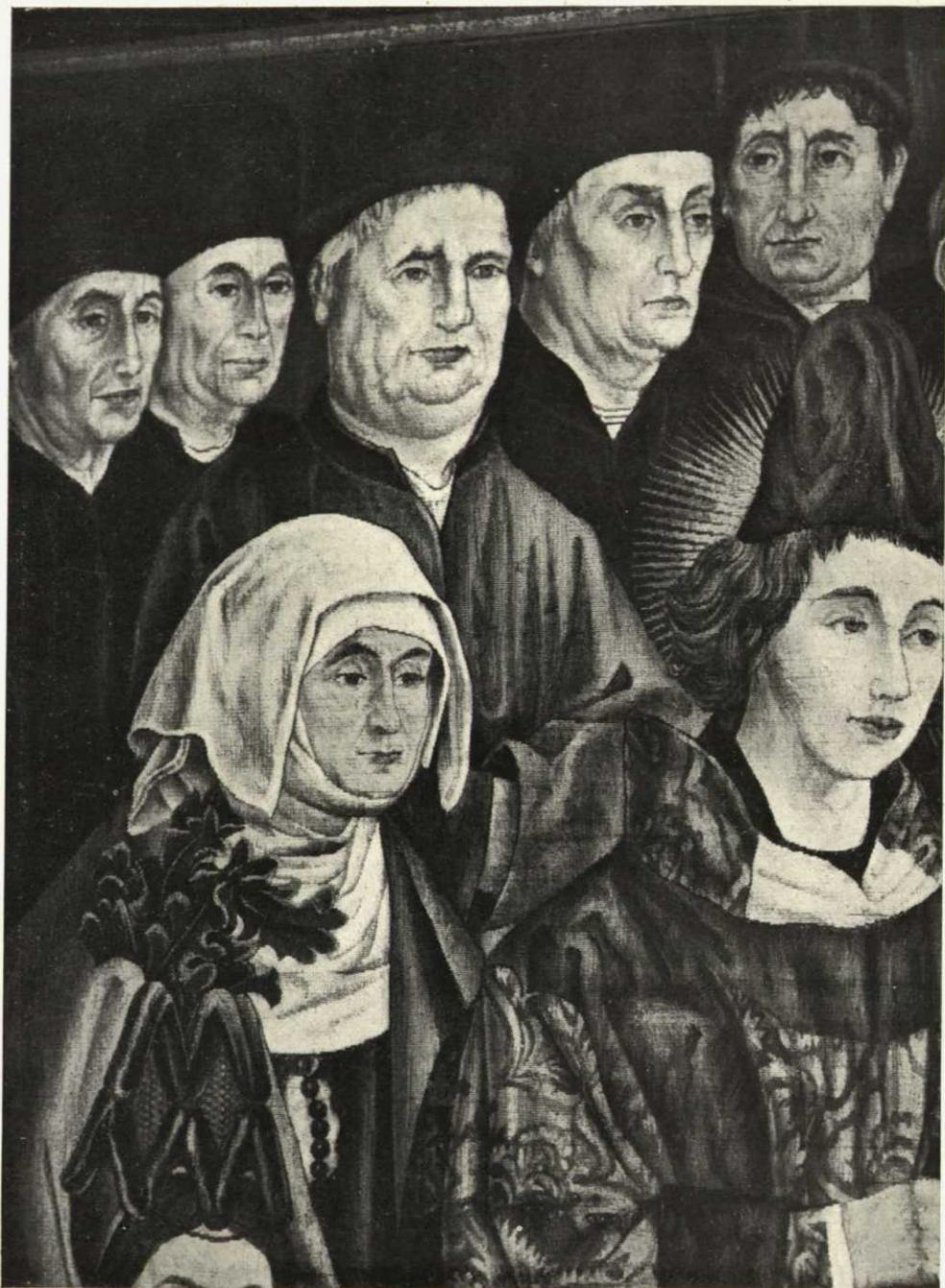
Don Gabino Stuick, actual Director de la Real Fábrica de Tapices, contemplando el boceto para una alfombra.



Un viejo operario de la Real Fábrica compara la fotografía de un cuadro con el tapiz obtenido de éste



Un oficial tejedor compara el color de un tapiz con el color de la canilla que va a servir para la reproducción del primitivo tapiz



Un fragmento del tríptico «San Vicente», de Nuño Gonzales

lla, Zacarías Velázquez, Castillo y Goya. Es entonces cuando, al morir el último Van der Goten, nace la dinastía de los Stuick: Livinio Stuick Van der Goten, sobrino de aquel último Van der Goten, viene a España y se encarga de la Fábrica. Un Sutick es hoy también el que está al frente del establecimiento, continuándose así la historia de una creación artística en la que lo tradicional es elemento básico.

Horas de plenitud fueron para la Real Fábrica las de los reinados de Carlos III y Carlos IV. Son los días en que se tejen obras primorosas sobre cartones de Goya y de Bayeu. La invasión francesa determina una etapa de silencio. La Fábrica ha quedado destruída, y sólo siete años más tarde se vuelve al trabajo, de nuevo con los cartones españolísimos de Goya y Bayeu. Después, en el reinado isabelino, la producción languidece; decae la manufactura y apenas se trabaja más que en el retupido de los tapices antiguos y en la fabricación de alfombras. En 1868 se concibe el proyecto de instalar en El Ecorial un Museo de Tapices, mas la idea no llega a tener realización. En nuestro tiempo ya vuelve el culto del tapiz. Se reconoce el magnífico valor artístico y decorativo de éste. Se le estudia, se le cuida, se le conserva amorosamente. Hace treinta años, un envío español de ese género —los veinticuatro tapices tejidos sobre cartones de Goya— obtiene un resonante triunfo internacional en la Exposición de Arte Español que se celebra entonces en París.

El gran pintor Manuel Benedito estudió en su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes la historia y el arte de la tapicería española, a través especialmente de las creaciones de la Real Fábrica. Sus palabras de entonces tienen hoy, a veinticinco años de distancia, ejemplar vigencia. «... Hoy, en pintura —dijo Benedito—, España es algo.

Y siendo algo en pintura, España podría serlo todo en algunas variedades de arte, que tienen aquí una tradición y un sabor especial. El tapiz no debe ser un arte de otros tiempos para nosotros. Hay que hacer un esfuerzo grande para continuar esa tradición, ya que contamos con elementos necesarios para ello. Por fortuna, su carácter singularísimo rechaza toda idea de revolución maquinista o industrial. Nada tienen que ver aquí los progresos de la mecánica o de la química, y por lo que tiene de arcaica su labor, no han de variarse los ingredientes, ni emplear anilinas, ni transformar el sistema de trabajo. Por otros caminos, separadamente, encontraremos concurrencia, pero en éste juzgo que depende de nosotros conservar el primer lugar, o, mejor dicho, el único.»

En otro pasaje de su discurso académico, el pintor dice, certeramente: «La tapicería sigue trabajando hoy. A veces llegan a ella encargos, pero en las condiciones del negocio no se les puede seleccionar. Abierta al público, tiene que recibir en ocasiones el encargo de reproducir el cuadro de «Las lanzas», por ejemplo, y llevar al tapiz lo que Velázquez quiso que fuera una pintura. El arte de la tapicería es eminentemente decorativo y supera a los frescos y a cualquier otro decorado mural por dos conceptos: por estar tejido en ricos materiales, como seda, oro, plata y lana, y por ser plegable y adaptable a cualquier lugar. Se concibe que una persona ajena al arte quiera convertir en tapiz obra tan bella como ésa, pero, en todo caso, no deben acometerse imposibles. Cada género tiene sus límites, que no es lícito invadir, y el castigo está en el inevitable fracaso. Por eso, lo primero que debía hacerse en la Fábrica de Tapices es procurar, en la admisión de encargos, que en ningún modo sufriera el prestigio de la marca y que no salga de sus talleres nada que

no esté de acuerdo con los elementales mandatos del arte.»

En su trabajo actual, la Real Fábrica es una continuación de su pasado. Mantiene una tradición de gran estirpe artística. Crea tapices y alfombras y a la vez se dedica a labores de restauración y tinte. Trescientos hombres trabajan en silencio en el amplio local: trescientos hombres dedicados afanosamente a proyectar, pintar, tejer, decorar, restaurar. Cada año se producen cien metros cuadrados de tapices y diez mil de alfombras. Los trabajos de conservación y limpieza de tapices y alfombras equivalen a una extensión de 125.000 metros cuadrados. El precio de estas labores de restauración es variable. Pero, en términos globales, se ejecutan al año labores por valor de cerca de medio millón de pesetas.

—En tapices, la obra más reciente —dice su director actual, D. Gabino Stuick—; la obra más reciente es la reproducción de los famosos tapices de Pastrana. Y en cuanto a alfombras, tres que nos encargó la señorita Quirino, hija del Presidente de Filipinas. Una de ellas medía 24 metros de largo por 12 de ancho. Las otras, 6 por 12. Llegaron ya a Manila. El pedido costó 250.000 pesetas. Aparte, naturalmente, lo que costó el transporte aéreo: más de cien mil pesetas.

Alfombras españolas en las residencias filipinas, en las tierras lejanas que llevan el nombre de un rey español. Manuel Benedito tenía razón: «Depende de nosotros conservar el primer lugar, o, mejor dicho, al único.»

